



**Rodrigo Díaz-Pérez**

## **Genio y figura**



Vivía en casa de su prima Claudia y la verdad es que esta buena señora no sabía qué hacer con él. Sinforiano era definitivamente un vago. No había forma de que se levantara temprano por las mañanas; por las noches se esfumaba como por encanto. Era todo un problema. A eso de las once de la mañana -a veces un poco más tarde- exigía un copioso desayuno con su correspondiente bife a caballo. Después se ponía sus mejores ropas y salía a caminar. La mayor parte de las veces se dedicaba a perseguir a las cocineras del vecindario quienes, hartas de él, se quejaban a Claudia. Y era un círculo vicioso, pues a él se le importaba un comino las amonestaciones de su prima.

En varias ocasiones consiguió trabajo, y a los pocos días, a veces inclusive el mismo día, volvía quejándose de la gente tan mala que poblaba el mundo. «¡Figurate, querida prima, que decirme a mí que nací dormido! Yo no sé qué quiere la gente. ¿Esclavos? ¡Eso sí que no! A mí no me vienen con leyes ni horarios. Para algo soy tu primo y vos sabés lo que te quiero y cómo te recuerdo en todos los lugares que voy. Nadie como Claudia. ¡Mi bella prima!».

Físicamente él no era mal parecido. Cutis moreno, bigotes ladeados hacia arriba, barba cerrada y ojos oscuros, ágiles, que parecían moverse en sus órbitas a una velocidad fantástica, como midiendo las reacciones de las personas a quienes miraban, siempre listos para el ataque si fuera necesario. Tendría cerca de cuarenta años —36→ y era fuerte; capaz, cuando quería, hasta de tumbar un toro. Pero se cuidaba muy bien de malgastar su fuerza. Siempre decía «no estoy dispuesto a que la gente se crea que soy

una presa fácil». Lo peor que podía decirle una persona inadvertida era que estaba calificado para hacer una obra o un trabajo de tal o cual envergadura. ¡Oh, no! Inmediatamente se quejaba de su cintura y de las balas que tenía metidas en las vértebras de arriba, desde la batalla de Nanawa. Y recitaba su larga historia de las veces que Irrazábal lo felicitó por su coraje y esfuerzo en el campo de batalla. Y concluía diciendo: «Y ahora, chamigo, quiere usted moverme las balas de lugar para hacer una cosa que no corresponde». Miraba a su alrededor y seguía: «Usted es un desconsiderado y un antipatriota».

Con sus estratagemas habituales, tenía corridos a muchos parroquianos quienes, confundidos por sus protestas frecuentes, terminaban por tenerle todo tipo de consideración, y algunos hasta cierta simpatía. Una de las vecinas, doña Jovita, no pudo con su gran corazón, y organizó una función a beneficio de él, «a quien la patria tanto le debía y por quien nosotros, los de Villa Aurelia, tenemos el deber moral de contribuir y hasta hacer lo imposible por obtenerle una pensión». Y esta señora era tan activa y la gente la quería tanto, que al último todos los meses se hacían contribuciones para ayudar a un ex combatiente lleno de honores, a quien la injusticia de la vida dejó de lado. Y así fue como empezó la buena fortuna de Sinforiano. Hasta el comisario del barrio lo invitaba los días patrios, y en una oportunidad le pidió que hablara —37→ el 29 de Setiembre, aniversario de la batalla de Boquerón. Sinforiano se vio negro, pues no sabía qué decir. Felizmente estaba «su abogado», el doctor Fernán (alias Nanán), quien le hizo parte del discurso y agregó (como buen abogado) nuevas gestas en su foja de servicios, lo que por cierto le daba más prestigio. Con emoción leyó Sinforiano su discurso. Al terminarlo, fue aplaudido hasta el cansancio. Estaba eufórico. Las maestras de la escuela le obsequiaron un ramo de flores que él, ni corto ni lerdo, puso en brazos de Fidelina, la bella vecinita para quien tenía todo tipo de elogios.

En el barrio, sin embargo, la gente hablaba. Las relaciones entre Sinforiano y su prima no eran del todo claras. Más de una vez, por razones que no se saben, los platos volaron en el aire y más de uno rozó la cara de Sinforiano. Se decía de todo. Que Sinforiano aprovechaba la ausencia de Miguel, el marido de Claudia, para tratar de obtener mayores ventajas en todos los campos. Que Claudia estaba hastiada de él pero que le tenía lástima. Que tenía un *affaire* con él o que no lo tenía y que lo odiaba a muerte. En fin, se oía de todo. Lo cierto es que Sinforiano salía cada vez menos y, al parecer, hasta había comenzado a ayudar a su prima dentro de la casa...

Una mañana, volvió Miguel furioso. En pocas palabras decidió el destino de Sinforiano:

-Vos te vas de esta casa ahora mismo, carajo -comenzó airadamente-. Tu hermano anda lo —38→ más bien y tiene un aserradero en Caaguazú. No hay derecho a que todo el mundo me pregunte de vos y que por último me hablen hasta burlándose de mí. ¡Te vas ahora mismo!

No bien terminó de hablar, abrió su cartera y le pasó un billete de mil guaraníes.

-Con esto -prosiguió Miguel-, llegás de sobra a Caaguazú y te buscás la ayuda de tu hermano Ambrosio.

Sucedió todo tan de improviso que tomó a Sinforiano de sorpresa.

-Yo no sé -dijo- qué significa esto. Pero si querés que me vaya me iré. Comprendo perfectamente que los chismes andan por todos lados, y por eso que no te culpo. Pero acordate: nunca más me vas a ver la cara y alguna vez sentirás lo injusto que fuiste al proceder así conmigo, sin cerciorarte de nada de lo ocurrido.

Mientras Sinforiano seguía hablando, Miguel ya había abandonado la escena y desde adentro comenzó a tirar pantalones, camisas, fajas de todos los colores, perfumes, jabones, zapatos, sombreros, en fin, todo el contenido del ropero de Sinforiano. Era increíble la cantidad de pilchas que había ido amontonando a través del tiempo. Lo último que salió volando fue una enorme valija de cuero, que era (cambian los tiempos) un obsequio de Miguel, quien esta vez no admitía nada que pudiera detener a Sinforiano un minuto más en Villa Aurelia. Lentamente comenzó éste la triste labor de poner las cosas en la valija. Estaba serio. Nunca tuvo una experiencia similar, tan humillante como ésta. El hecho de verse despojado de lo que creía que era de él -su cuartito lleno de perchas y recortes —39→ de revistas-, lo había apabullado. Se daba cuenta de que algo terrible le esperaba en un futuro próximo. ¡La selva! Y lo más bravo de todo, su hermano, a quien él tenía no sólo temor sino un odio de remota historia. Parecía increíble.

Nadie en el mundo lo despreciaba más que Ambrosio, su hermano de leche. No sabía en realidad si debía ir a humillarse en el obraje. Poseía, en el fondo, un tipo de dignidad muy peculiar.

Tenía, además, el dilema de aceptar los mil guaraníes e irse a la selva, o quedarse a iniciar un mundo de nuevas aventuras en otro barrio de Asunción. En realidad, nadie podría predecir qué terminaría haciendo.

Cuando estuvo listo, lavado y afeitado (no olvidaba jamás los detalles cosméticos) golpeó la puerta de la pieza de Claudia, quien salió hecha un mar de lágrimas.

-¡Sinforiano! -comenzó diciendo-. Te voy a extrañar. No sabés cuánto me duele todo esto, pero a lo mejor Miguel tiene razón. Es mi marido, sabés, la gente murmura, vos sabés...

Mientras hablaba, le puso en el bolsillo del saco un fajo gordo de billetes y lo abrazó. Sinforiano lloraba. Doña Jovita, la vecina, por una especie de telepatía sintonizó la cosa y también se vino. Abrazó a su vez a Sinforiano y le puso otro paquete en el bolsillo. Sinforiano no sabía qué decir. Su emoción era tan intensa que llamó a Miguel en medio de los arrebatos y de los llantos. Pero la cosa no salió bien, pues Miguel salió con un látigo. Había en sus reacciones una decisión tan violenta que, cuando Sinforiano lo vio con ese humor, salió como una —40→ saeta con su valija y tuvo el exacto tiempo de tomar el ómnibus que iba a La Asunción.

Ya dentro del ómnibus, se le ocurrió meter las manos en los bolsillos. Lo primero que hizo fue palpar el paquete que le trajo doña Jovita. Era más bien cuadrado y tenía una consistencia rara, fofa. Siguió palpando lentamente y sus dedos terminaron hundiéndose en una especie de jalea. Fue una gran desilusión para él.

-¡Carajo! Al último me falló la vieja. Bueno, pobre...

Siguió registrando los bolsillos y encontró el montón de billetes de Claudia. ¡Era una fortuna! ¡Increíble! ¡Como veinte de a mil! ¡Qué locura y qué tesoro de mujer! ¡Qué, diría Miguel si lo supiera!

\* \* \*

Pasaron varios meses. Todo era silencio en casa de Claudia. Miguel había mejorado de posición y ocupaba ahora un nuevo empleo de inspector de carnes; era muy respetado. Como no tenían hijos, los domingos visitaban a varios sobrinos que vivían dispersos por la ciudad, y al final cenaban en alguna parrillada. Eran felices.

A veces le roía a Claudia unas ganas locas de saber algo de Sinforiano. No podía hablar con Miguel, pues éste se irritaba no bien se lo mencionaba. Una tarde, acuciada por la ansiedad, fue a la casa del doctor Fernán para saber si el abogado tenía noticias de «su cliente».

-Su primo, señora -dijo el doctor Fernán-, no se ahoga en un vaso de agua. No se preocupe. Ya se hará escuchar alguna vez, especialmente si necesita de ustedes.

—41→

No le gustó a Claudia la franqueza del abogado, pero este señor era penalista y trataba todo el santo día con pillos de todos los pelajes.

Una mañana, doña Jovita vino toda temblorosa y extasiada con una carta de Sinforiano, escrita desde «la selva». Se la leyó a Claudia, quien enseguida comenzó a llorar desconsoladamente. Estaba orgullosa. ¡Sinforiano en la selva! Trabajando de «sol a sol y sin desmayo». Era una carta dramática. En el fondo, Claudia se preguntaba quién podría habérsela escrito, pues no era precisamente la «forma de hablar» de Sinforiano...

\* \* \*

Era la tarde del 24 de diciembre de 19... cuando, en medio de las celebraciones de Nochebuena, se escuchó la voz de Sinforiano. ¡Había vuelto al fin! Bien vestido, afeitado como siempre, perfumado, todo un caballero. Llegó llorando, muy dolido, de tal modo que Miguel se asustó y lo abrazó. Todo el mundo quedó emocionado, inclusive doña Jovita, quien estaba siempre al tanto de las cosas que sucedían en su vecindario. Sinforiano quería hablar y no podía. Algo había pasado, algo terrible sin lugar a dudas. Estaba trastocado de dolor. Por fin, en forma balbuciente pudo decir:

-¡Lo mató un tigre! ¡Sí, UN TIGRE! ¡Mi pobre hermano Ambrosio! Yo lo vi y no pude hacer nada. ¡Fue todo tan rápido!

Lloraba a lágrimas sueltas. Daba lástima verlo tan desgraciado en fecha solemne, como es la Nochebuena. Esa noche la pasaron muy tristes. —42→ Miguel le había perdonado enteramente cualquier rencor que pudiera existir y hasta le trajo una copa de caña blanca para «Fortalecer su ánimo».

-Comprendo tu dolor, chamigo -dijo muy condescendiente-, pero la verdad es que a veces la vida es así, llena de sinsabores. Al menos tu hermano murió con honor, en el campo del trabajo...

Sinforiano se sintió acompañado en sus pesares. Miguel lo ayudó a desempacar y, poco a poco, sacaron de la piecita todo lo que pudiese molestar a Sinforiano, quien así recuperó su viejo refugio familiar.

A la mañana siguiente, ya calmado, amaneció de buen humor y desayunó temprano con sus parientes. Miguel, tratando de ser aún más amable, le explicó:

-Te podés quedar en la piecita hasta que consigas trabajo o hasta que vuelvas a Caaguazú. De aquí nadie te va a echar esta vez, ahora menos que nunca, que ya se arreglaron los malentendidos y vos estás solo en el mundo...

Miguel terminó sus palabras de consuelo con lágrimas en los ojos. Era violento y emotivo. Sinforiano lo miró compungido, y muy circunspecto le contestó:

-Gracias, Miguel -después lo abrazó.

Claudia, que había asumido un papel más bien pasivo durante la etapa de reconciliación, al último dijo:

-Para eso están los parientes -y sonrió con dulzura.

\* \* \*

—43→

Hacía un calor tremendo, el típico de diciembre. Por las tardes, al *kaarú pytû*, en la casa de Claudia, y casi en todo el vecindario, la gente sacaba las sillas al patio para refrescarse un poco y descansar del calor húmedo. Sinforiano no perdía la oportunidad de mencionar -en forma casi obsesiva- a su hermano, víctima de las garras del tigre. Esa noche -todos atendían- contó cómo le dio sepultura, a la sombra de un *ñandypá*, y le puso una cruz como Dios manda. Y grabó su nombre con una navaja...

En medio de una paz cada vez más agradable, pasó una semana. Sinforiano, muy respetuosamente, iba ganando puntos y era bien querido de todos. Después de la cena, como siempre, salieron al patio. Claudia habló, sin dirigirse a nadie en particular:

-Mañana es el último día del año. Haremos *chipa guasu*; tenemos un buen vino de la colonia Independencia para celebrar la entrada del año nuevo con alegría. Vos serás el invitado de honor -dijo, dirigiéndose a Sinforiano.

-¡No sabés, prima querida, qué hondo me tocás con ese tu generoso corazón!

Después de una calma breve se escuchó un ruido en el portón. Era quizá algún vecino. Se levantó Claudia y fue a ver. La luna llena le alumbraba la cara sonriente. De repente se escuchó un grito de Claudia, desgarrador, intenso. Era increíble. En el portón

estaba Ambrosio, de carne y hueso. Había venido para celebrar el año nuevo con sus parientes de La Asunción.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

